

## ¡Luz radiante... luz pálida...!

(Para ARTE)

Los carruajes tronaban estrepitosamente sobre el pedregoso camino al que daba su frente la suntuosa fachada de una casa-quinta.

El ruido de las portezuelas al cerrarse, la voz de los lacayos y el arranque de los caballos sacando luminoso chisperio al resbalar sus herraduras sobre las piedras, todo esto contribuía á hacer ensordecedor el vocerío caótico originado por el tumulto.

Gran número de curiosos y pordioseros, ávidos de ver el esplendor de la riqueza formaban rarísimo grupo para no perder ni un solo detalle de la fiesta que se celebraba en la casa.

Cada vez que era abierta la puerta del salón que por un costado daba á la parte del jardín junto á la cual se hallaban ellos, se paraban en la punta de los pies y levantando sus cabezas lanzaban una mirada escrudiñadora acompañada de palabras necias producidas por la envidia ó el despecho; mirada curiosa que les descubría vagamente los misterios de lo ideal y el refinamiento del buen gusto, tal vez no comprendidos por sus sentimientos nacidos en el ambiente impuro de las miserias humanas, y alimentados con el pan negro del desprecio en todas las facetas de su vileza, recibido por mano imploradora en actitud de suplica.

En el interior de la casa reinaba una alegría indescifrable. La artística araña derrochaba profusamente la luz de sus bujías que borraba la sombra de los rincones más apartados.

Los violines armonizaban con el piano. El ritmo de sus notas marcaba el cadencioso compás de una danza voluptuosa en que se mecían las parejas. Los colgajos, adornos y caprichosas decoraciones, eran el marco dorado del cuadro encantador de las sonrisas y saludos corteses, del fulgor de las miradas que parten de los ojos románticos, soñadores de quimeras, de esos ojos que murmuran cuando se cierran los labios, murmullo comprendido solamente por los que poseen el secreto de su lenguaje afrodisíaco.

En medio del torbellino de los movimientos arrancados por el compás de la música ligera, en el balanceo de las cinturas, se columpiaban las blondas de los vestidos niveos y color de rosa, mientras los escultóricos contornos de las bellas citereas se mecían en el espumeo constante de las gasas...

Era la idealización de lo artístíco; cuadro viviente forjado por la

imaginación de los poetas y de los que rinden homenaje y culto á la belleza.

La agitación y el aire caldeado daban un tinte de púrpura á todos los rostros, como si en ellos vagara la huella del pudor engendrado por la ostentación de los cuellos alabastrinos y el nacimiento de los ocultos encantos.

La música seguía deleitando á los danzantes.

En un ángulo de la sala dos enamorados hablaban muy bajo. Para ellos no había mejor fiesta ni mayor atractivo que el hallarse juntos; querían apartarse del bullicio; con sus ardientes miradas tenían bastante para ser felices.

Para ella la música más armoniosa era la palabra del amado; y para él, la melodía más sublime era la conversación de la amada; cascada de notas argentinas que se desprendían de una boca de labios húmedos y temblorosos, acarminados, nacidos para el beso.

¡Oh... los labios rojos, celosos guardianes del collar de perlas de los dientes, portadores de la sonrisa!...

.....  
Lindando con la casa donde tenía lugar la fiesta, había una choza muy pobre. Allí estaba la desgracia. La Parca había extendido su brazo huesudo señalando á uno de los moradores de aquella casucha miserable.

Velaban á un niño de corta edad. Era un ser que recién empezaba la vida cuando la guadaña de la muerte cortó presurosa su existencia.

Había dejado de existir sin gozar de más felicidades que las que le proporcionaron sus juegos infantiles durante el corto tiempo de sus pocos años y de su limitado albedrío.

No tuvo más patria que las calles de su barrio. Sus miserias fueron las miserias comunes de los suyos, incomprensibles para él. Había muerto al posar su planta en la primera etapa de la vida, pero esa muerte lo arrebató puro; la nitidez de su alma no había sido salpicada aún por el lodo que el hombre chapalea al avanzar por el camino de la vida.

Rodeaban la pequeña caja donde descansaba su cuerpo, varias sillas negras y amarillentas sobre las que permanecían sentados algunos miembros de la familia, que cabeceaban silenciosos con la barba apoyada sobre el pecho, como agobiados bajo el peso de la desgracia y las avanzadas del sueño. Era la luctuosa guardia que hacía los últimos honores á la carne muerta de un cuerpo dormido para siempre entre los pliegues de la mortaja.

Unos pocos cirios de temblorosa luz reflejaban la palidez de sus rayos débiles sobre el cadáver; y en el ángulo sombrío de un rincón de la estancia, donde la luz llegaba perezosamente, lloraba en silencio la desgraciada madre sosteniendo en sus brazos á un chico de pocos meses, silencio interrumpido por el lamento de una anciana que arrodillada sobre las frías piedras del piso pasaba las cuentas de su rosario.

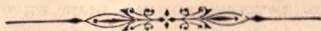
Pared por medio estaba la felicidad.

La música se oía vagamente, como si partiera de las entrañas de la tierra. Sus notas no eran bastante intensas para penetrar claramente en el sepulcro momentáneo donde yacía el cadáver. Allá era la casa de la alegría y la algazara pregonadas á gritos; aquí era la morada de la desgracia, de la infelicidad y la miseria pregonadas en silencio. Allá estaba el cuadro de la vida adornado con dorados marcos; aquí estaba el cuadro de la muerte ribeteado con el negro filete de los bostezos hambrientos.

El niño, curioso al oír la vaguedad de las notas arrancadas á los violines preguntó á la madre con asombro: — ¿Que es eso, madre? — No nada, hijo mío, — contestó la mujer — son los vecinos que también lloran la muerte de tu hermano.

Fuera, en la calle, todo era borrado por las tinieblas de la noche negra como sus desgracias, negra como sus almas; noche que vió en el cielo también negro, unas pocas estrellas pálidas como los cirios que inclinaban su luz mortecina al impulso del menor soplo, pálidas como la cara del muerto.

*Fernando Silva Valdes.*



## Año nuevo

Á mi madre, pocos meses después  
de la muerte de mi padre.

¡Cuanto hubiera deseado, decirte largamente  
mis anhelos de dicha, que todos así son,  
¡cuanto hubiera deseado mirarte sonriente  
la alegría y los sueños dentro del corazón.

¡Cuanto hubiera deseado en una flor ardiente  
cuyo aroma estuviera próximo á sucumbir  
ofrendarte la última sonrisa transparente  
que acompaña al perfume cuando este va á morir.

Es que hubiera querido, decirte, tanto, tanto...  
en una embriaguez larga, sin tristeza ni llanto,  
decirte esas palabras, que hacen tanto bien.

Pero no... no lo puedo... en esta triste aurora  
es mejor el silencio, el silencio que llora  
tú lo sabes porque.

*Julio Supervielle.*